

tre sus amigos reconocidos el gran Condé; el ministro Mr. de Mairien; Mr. de Valincourt, cuya gloria se cifraba en la estimacion de todos los hombres escogidos del siglo; Mr. de Ormesson, administrador eminente, el orientalista d' Herbelot, que le enseñaba á los setenta y dos años la lengua hebrea; Pelisson, precursor de Boileau; la Bruyere, precursor de Moliere; Boileau que le dirigia su *Epistola sobre el amor de Dios*; Racine, que sometia á su juicioso exámen la *Althalia*, y Santeuil, que le dejaba corregir sus himnos y decia de él:

«*Per quem religio manet inconcussa, sacerdos!* (Pontífice, por cuya mano resiste la inalterable fé á todos los sacudimientos del siglo)»

Otros menos célebres. el abate de Fleury, que escribia la historia á su presencia con la modestia de un discípulo; el abate Ledieu, el comensal, el secretario y confidente de todas sus edades; Bourdaloue y el jóven Massillon, que venian á Germigny y á Meaux á ensayar sus sermones delante del maestro de la palabra.

Su conversacion era reposada, dulce, amena, y á veces jovial, sin gazonería y sin licencia. Gustábase la facilidad, pero jamás la indecencia.

«Sed festivo, pero no chancero, escribia á uno de sus familiares, la chanza cuando es personal, toca demasiado cerca á la burla, y la burla es generalmente insipida ú ofensiva.»

Apreciaba poco la risa, que ofende casi siempre ó la dignidad ó la caridad. El hombre lleno de pensamientos graves no resucita tan hueco. Jesucristo, su maestro, no habia reído una sola vez en su vida; pero á Bossuet le gustaba la sonrisa, que no es mas que el freno del talento y el agasajo del corazon.

XXVI.

Largo tiempo hacia que padecimientos sorcos, producidos por su asiduidad sedentaria al trabajo, hacian temer á sus amigos que estubiese amenazado del mal de piedra.

El mismo no se hacia ilusiones sobre el estado de decaimiento y postracion en que se encontraba y presentia su fin. En 1702 se despidió de su clero en un discurso dirigido al sínodo de los eclesiásticos de su diócesis, discurso en que recordó involuntariamente su peroracion patética de la oracion fúnebre dedicada á la memoria del príncipe de Condé.

«Estos cabellos blancos, les dijo, queridos hermanos míos, me advierten que pronto debo ir á dar cuenta á Dios de mi ministerio, y que tal vez será hoy la postrera vez que os hable.»

Empleó sus últimos dias en traducir en verso francés los salmos, única poesia digna de él, que «esperaba (decia) oír cantar en el cielo, y con los cuales queria consolarse de antemano en la tierra.»

Sin embargo dudaba todavía de la naturaleza incurable de su mal. La convicción que de ella recibió por boca de Fagon, el gran médico de la época, le dió la muerte mas que la enfermedad misma. El horror á la operacion que tenia que sufrir prevaleció sobre la constancia del filósofo y sobre la virtud del cristiano. Apoderóse de él una fiebre de terror; se perdió su voz, se le cayó la pluma de la mano; no pudo acabar de escribir él mismo la esquelita llamando á su confesor para preparar su alma á ese azar de una operacion peligrosa. Padeció ante el imagen del tormento que iba á hacerle sufrir el arte.

El vigor de su salud y la constancia de su fortuna le habian preparado mal á ese suplicio. Tuvo compasion á su cuerpo, él que no la habia tenido á las lágrimas y al suplicio de tantos proscriptos. Lloró, no delante de la muerte, sino delante del dolor.

XXVII.

Su sobrino, el abate Bossuet, aprovechó esa debilidad para conseguir de él que pidiese al rey la supervivencia del obispado de Meaux, herencia resignada en las manos de un indigno heredero. Mad. de Maintenon y el cardenal de Noailles, no queriendo condescender á esta debilidad de nepotismo de Bossuet, ni contristar su fin con una negativa, aconsejaron al rey que aplazase la gracia, sin concederla ni negarla.

Bossuet en un intervalo de su mal se presentó en la corte para hablar en favor de su sobrino. Luis XIV le recibió como á padre espiritual; pero le dijo que aun no habia llegado la hora de pensar en su herencia.

La fatiga y la fiebre le retuvieron algunos dias en Versalles, donde recibió los Sacramentos de la Iglesia y dictó su última voluntad.

La enormidad de las deudas que habia contraído por la negligencia de sus asuntos domésticos llenó de consternacion su espíritu. Una languidez mortal, pero lenta, sucedió á los accesos del mal. Aprovecháronse de ella para llevarlo á Paris. Sus sueños durante las noches eran interrumpidos por gemidos y delirios, y oíasele quejarse en voz alta. Por el dia hacia que le leyesen constantemente los evangelios como promesas que tenia necesidad de oír para tranquilizarse contra la muerte.

«A petición suya le leía generalmente cinco ó seis veces seguidas el mismo Evangelio.»

escribe el amigo que velaba al lado de su cama.

Una afnencia sin cesar renovada de cortesanos, amigos y sacerdotes, asediaban su puerta, porque todos presentian que iba á extinguirse una gran gloria del siglo, y querian recoger sus últimos resplandores. Los últimos suspiros de los grandes hombres son un espectáculo que la tierra desea retener. Bossuet habia recobrado la serenidad y la confianza de vivir.

«Bien veo, decia, que Dios quiere conservarme.»

Encendiase de nuevo en él el ardor de la controversia, revisaba sus libros contra los jansenistas y dictaba correcciones á su *Politica sagrada*. Lejos de haberse eclipsado su genio, escribia líneas llenas del jugo de sus mas robustos años.

«La fé, decia, es una antorcha; pero es una antorcha que alumbra en un lugar oscuro, donde no disipa todas las tinieblas. Si todo estuviese oscuro marcháramos como á tientas en una noche profunda, en peligro á cada paso, y sin poder jamás convencernos; pero también si todo estuviese claro, creeríamos hallarnos en la patria y en la luz de la verdad. Todo reconoce la necesidad que tenemos de ser guiados y enseñados, dentro por el espíritu divino, fuera por la autoridad de la Iglesia.»

Frecuentemente repelia el siguiente pasaje del Evangelio, que sin duda se destinaba por epitafio á sí mismo.

«Ha aparecido en el mundo para la perdición y la salvacion de muchos.»

La fiebre mortal le consumia rápidamente. «Cesad de engañarme, dijo á sus amigos, hágase en mí la voluntad de Dios. Conozco que se aproxima mi hora. Oremos juntos, siento destruirse mi máquina; oremos, pero poco de una vez, á causa de mis dolores.»

XXVIII.

Era la semana en que la Iglesia conmemora por medio de la oracion, el duelo y la alegría, los suplicios y la resurreccion de Jesucristo. Se unió de corazon á las ceremonias sagradas. Habláronle de su mision tan magníficamente realizada, de sus obras, de sus virtudes, de su santidad y de su gloria. A esta palabra gloria, que acaso habia sido su debilidad, se indignó contra sí mismo.

«Terminad ese discurso, exclamó, no hableis sino de perdon; es la única palabra del hombre.»

El frio subió al fin de los miembros al corazon. La cabeza pensaba y oraba todavía, y se le oía balbucear en latín:

«*Vim patior, sed scio cui credidit* (sufro la violencia del dolor y de la muerte; pero sé en quien he creído.)»

La fé sobrevivía á aquella vida. Despues de estas palabras quedó aletargado y durmió pacíficamente hasta la mañana. Al despuntar el dia se oyó una respiracion mas fuerte que las demas: era la última. Bossuet no existia ya. El juicio comenzaba para él allá arriba, la memoria aquí.

XXIX.

Esta memoria es angusta, pero no infachable: hay dos cosas en este hombre: el hombre y el talento. El talento es incomparable, el hombre es inferior al genio: tuvo la voluntad recta, pero violenta; el genio inmenso, pero tiránico; su carácter absoluto, imperioso, no fué solamente de un gran apóstol, sino tambien de un gran juez. Hay lágrimas en la historia que protestan eternamente contra él. Trajo á este mundo la guerra y no la paz. Una guerra eterna removerá su memoria en su sepulcro. Hizo algun bien á la religion, ninguno á la humanidad; pero dió inmensa gloria á su patria. Esta gloria del talento sigue y crece entre los adoradores del espíritu humano; pero no está en sus obras, sino en él.

Su filosofia natural estaba limitada por el espíritu dogmático, desde donde consideraba sistemáticamente el universo. Fué mas teólogo que filósofo. Las disputas sacerdotales en las que consumió su vida han caducado; la distancia las disminuye todos los dias á los ojos de la posteridad. Su historia universal no es mas que un juego de ingenio, sus controversias no son mas que torrentes de voz, cuyo sentido no se entiende ya desde tan lejos al cabo de dos siglos. El quietismo, el jansenismo, y las sutilezas de las máximas de la Iglesia galicana son cenizas frias que ninguna palabra del profeta puede encender.

Las cartas á sus religiosas, las conferencias con sus sínodos de Meaux, los sermones para las tomas de hábito en sus claustros y las oraciones fúnebres, aun de algunas reinas y princesas, ó de algunos amigos de corte, mas ó menos dignos de aquella gran voz, no son ya por el asunto sino magníficos testimonios de la nada de aquellos nombres muertos con su panegirista. Todo es momentáneo, accidental en las ocupaciones de aquella larga vida, y nada excepto la lengua, podia llegar á ser monumental en las edades.

Pero Bossuet es el monumento de sí mismo. La naturaleza era tan grande en él, que ha sobrevivido y sobrevivirá eternamente á sus obras. Es la grandeza de Dios, no la suya; es la mas abundante y la mas sublime palabra con que la

naturaleza ha dotado los labios de un hombre. Bossuet está de tal modo incorporado á la gloria de la Francia, que disminuyéndole, se quitaría algo á la magestad del genio francés.

Este nombre se asemeja á esas cumbres de los Alpes ó del Himalava, cubiertas de nieves

ó de rayos, que los hombres no habitan, pero que constituyen la fama y el orgullo de las comarcas que aquellas montañas tienen á la sombra, y sirven para medir la altura á que la tierra puede elevarse en el cielo.

MILTON.

Año de 1627 de J. C.

I.

Milton es uno de los tres grandes poetas cristianos que fueron á la teogonía de la edad media lo que Homero fué al Olimpo pagano. Estos tres grandes poetas teológicos son Dante, el Tasso y Milton. La *Divina Comedia* de Dante, la *Jerusalén libertada* del Tasso y el *Paraíso Perdido* de Milton son las *Iliadas* y las *Odiséas* de nuestra teología.

Estos poemas son casi de la misma fecha, es decir, de la época en que los misterios, todavía muy sagrados, comienzan sin embargo á servir de texto y aun de juego á la imaginación de los artistas; época muy peligrosa para los dogmas con los cuales se familiariza el espíritu, dejándolos pasar del santuario á las letras.

Las religiones severas deberían, como Platon, espulsar á los poetas. El que canta sus dioses, está muy próximo á profanarlos. Pero tan incontestable y tan soberana era la teología en tiempo de Dante, del Tasso y de Milton que ni siquiera preveía el peligro. Dejaba á los poetas mezclar impunemente sus fábulas y sus verdades; todo incienso le parecía bueno, aunque estuviere compuesto de las flores más sospechosas de la antigüedad mitológica, y quería que hasta sus sueños fuesen cristianos.

II.

De estos tres grandes cantores de la teología que acabamos de citar, uno solo es verda-

deramente original, es decir, nacido de sí mismo, de su fé, de su país y de su tiempo: este es el Dante. No se parece á ninguno de la antigüedad poética; es un monge de algún sombrío convento cristiano de la edad bárbara, que sueña bajo las bóvedas de su claustro un paraíso, un purgatorio y un infierno monásticos, como su imaginación, y que cuenta al despertar á sus hermanos en sencillez cosas extrañas, extravagantes, triviales, atroces, algunas veces sublimes que jamás habían sido contadas.

Es el Apocalipsis de los poetas, inteligible por el sentido, grandioso y casi antdiluviano por la imagen, incomparable y verdaderamente monumental por la lengua.

III.

El Tasso imita á Homero y Virgilio, adaptándolos á la religion, á las costumbres, á la lengua, al gusto y aun á los vicios de su tiempo. La religion no es más que el pretexto de su poema; la caballería, la guerra y el amor forman su fondo. Es más amante que teólogo. Sus narraciones son graciosas como las pastorales de Teócrito, melancólicas como las elegías de Tibulo y romancescas como las aventuras de los Amadis. Es el romance de caballería pasado con los árabes de Bagdad á Ferrara y elevado por el tierno genio del Tasso á la dignidad y á la inmortalidad de la epopeya.

IV.

Milton es el menos original de los tres grandes poetas cristianos, porque imita prime-